

GEDEÓN es el periódico de menos circulación de España



GEDEÓN

Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CENTIMOS el número
ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.	1,50 pesetas
Año.	6
Provincias y Portugal, trimestre.	2
Año.	8
Número atrasado.	0,25
25 ejemplares.	1,50

AÑO III Madrid 1 de Abril de 1897 NÚM. 73

¡ADIOS, PRIMO!



—Yo acabaré con el otro Aguinaldo.

Selma

Jueves de Gedeón

—Pero, ¿por qué meterán tanto ruido en Zaragoza los niños?

—¿Qué dices, Calínez?

—Digo que el que tenemos en el ministerio es de Zaragoza. Digo que Bosch visitó la patria de Castellano y se trajo al niño de la jota y nos marearon con él, y digo que ahora los carlistas han llevado el niño de Dios a la heroica capital y se ha armado allí una marimorena de primera clase. Nada, que las poblaciones tienen su sino como los individuos, y el sino de Zaragoza es ese; dar que decir por los niños. Unas veces es el niño de Cánovas, otras el niño de Bosch y otras el niño de Dios. Zaragoza, que tanto vale por otros conceptos, debe estar pesadamente de policía urbana. Siempre se acuesta con niños.

—A bien que cerca tiene el Ebro para lavarse.

—No, los zaragozanos estiman demasiado a ese río para lavar en él residuos infantiles. Cuando meditan algún lavatorio con sus aguas es lavatorio de personas mayores. Pregúntaselo a Cánovas.

—Oye, Calínez ¿y qué se hizo del niño de la jota?

—Esta en el Sacro Monte de Granada.

—Toma, pues eso es lo que quiere hacer el niño de Dios con los carlistas; llevarlos también al Sacro Monte.

—¿Quién había de sospechar, Gedeón, que los tradicionalistas, los que se precian de conservar en sus pechos el sagrado depósito de la España heroica, fuesen a dar en el vasallaje de un chiquillo parlanchín! ¿Y el niño de la jota continúa deleitando a las gentes con sus canciones baturras?

—No, ha perdido la voz.

—Me temo mucho que le suceda lo mismo al niño de los carlistas. No hay que fiar de voces infantiles. Los niños tienen un dormir muy inquieto y a lo mejor se les cae la ropa de la cama. Entonces, el menor aire, un leve D. Narciso, les deja afónicos.

—Haga Dios, de quien es niño Ramoncito Murguía que tal desgracia no pese sobre éste. Entre oír a Mella u oír a Ramoncito prefiero lo segundo. Si quiera el niño de Dios sabe de memoria lo que va a decir. Mella, confiándose a la inspiración no se aprende los discursos y no sabe, naturalmente, lo que dice. Además, según ha declarado Castelar en reciente brindis, la oratoria es propia de la juventud. En los albores de la pubertad, es necesario que trabajen la boca ó la mano; la boca pronunciando enfáticas arengas, la mano escribiendo ridículos versos. Pero los hombres hechos y derechos no está bien que se dediquen al ripio oral ni al escrito; por eso, lo que es gracia en Ramoncito es pesadez en Mella, y lo que me parecería delicioso en un chico del instituto, ya no lo encuentro tan plausible en los poetas de *La Ilustración*. Nada, Gedeón, que hay que repetir con Castelar: cada cosa a su tiempo y los nabos en adviento. Hable, pues el niño de Dios, que será cosa de gusto el oírle, y si al público escuchándole se le cae la baba, estarán a la misma altura el orador y los oyentes.

—Tienes razón que te sobra, Calínez; hablemos, por consiguiente, de otras niñerías. ¿Tú crees que Romero Robledo rifará al fin con Cánovas?

—Yo creo que no, Gedeón; el expollo de Antequera esta mas interesado actualmente en sacar azucar de la remolacha que en meter a sus amigos en el ministerio. Luego, que el hombre tiene buenos y malos amigos, porque en el mundo hay de todo, y si saca azucar de la remolacha...

—Va a decir Cánovas, recordando la frase de Arrieta, que ciertos amigos de D. Francisco, con azucar están peor. Algo de eso ha indicado *El Nacional* en su famoso artículo «Coros y tenores». ¿No lo leíste?

—Vaya si lo leí, y enseguida deduje quiénes eran los tenores. Verás; D. Francisco Romero Robledo, Primo... tenore, y D. Alberto Bosch y Fusteguerras, otro del mismo tenore.

—Pues anda que los romeristas se han vengado enseguida de sus enemigos y correligionarios, diciendo que el Sr. Revarro-Naverter es la tiple.

—¡La tiple el ministro de Hacienda! ¡Será una tiple ligera!

—Figúrate, no teniendo nada en los bolsillos del contribuyente.

—Y además cantará sentada.

—Claro, como que su emisión de voz es la del Banco.

—Pero oye, Gedeón ¿eso es un partido gobernante ó una compañía de ópera barata?

—De ópera podrá ser, pero barata nó, Calínez. Ellos cantan mal, pero cobran bien.

—¿De suerte que, este año no habrá ópera en los Jardines?

—¿Por qué, Calínez?

—Porque ya la hay en la Huerta.

—Bah, bah, para cuando se abran los Jardines habrá tronado la compañía Morlesini.

—¿Tan poca duración le concedes, ahora que comienza a conseguir éxitos fenomenales?

—Pues esos éxitos son los que más me escaman. Ya tu ves, triunfa Polavieja en Filipinas y tiene enseguida que dejar el mando. La Providencia no quiere concedernos a los españoles triunfadores duraderos. Cánovas se ha sostenido dos años en el poder a fuerza de desgracias y de errores; en cuanto

acierta ó le favorezca el azar con sus regalos ¡adiós gobierno! Los conservadores en esta etapa de su dominación, han sido los buitres de Bombay. Mientras apretaba la peste, tenían el alimento seguro. Pasado el terrible azote, se verán precisados a ahuecar el ala.

—Me alegro, por Castellano y Tejada; con el ala hueca, parecieran algo.

—La situación conservadora, ilustre Calínez, ha llegado ya al periodo de las apuestas. Vete al Salón de Conferencias del Congreso y te parecerá que estas en Euskal-Jai. ¡Cinco duros a que no abre las Cortes Canovas; diez a que cae antes del viaje veraniego de la Corte! ¡Veinte a que su dominación es todavía mas larga que la nariz del Alcalde! ¡Apuestas y mas apuestas!

—Pero con momio por Morlesin.

—Naturalmente. Los momios van a Atanasio como las mariposas a la luz, ó los rípios a la pluma de Jackson Veyan.

—Malo es, efectivamente, que las gentes den en apostar respecto a un gobierno, porque eso es señal de que este se va por la posta.

—¿Y Sagasta que dice?

—Que está dispuesto a coger las riendas.

—¿Se siente cohero?

—Se siente gobernante.

—¿De modo que, a los fusionistas les rebosará la alegría?

—Ya lo creo, vieras estos días cómo se abrazan los vocales de los comites; es decir, todos los fusionistas.

—¡Vocales que se abrazan! Resultará un partido de diptongos.

—No, porque Aguilera les va poniendo encima la diéresis. ¡Para algo le ha de servir la estatura!

DOLORÉS... GEDEÓNICOS

Ó BALART ESTROPEADO

I

Desengaño

En pos de don Antón, con ansia impía,
corrí desatentado:
Alcancé a Morlesin y ¿qué daría
por no haberle alcanzado?

II

Luz y sombra

En el Ayuntamiento Cabriñana
con su rudo valor de tigre hircana
de sombra y luz solar tendió una alfombra.
Mas vino luego el juez, pasó la vista:
Romero y Bosch zurraron al artista,
y al menguar de la luz, creció la sombra.
Yo bien se que, aunque siempre repetido,
solo es vana ilusión de algún Canido
éste de sombra y luz efecto extraño:
Yo bien se que sin juez, audiencia y vista,
sin Bosch y sin el bando romerista,
vuelve todo a su forma y su tamaño.
Pero es muy triste, Morlesin clemente
que hoy a Romero y Bosch con odio ardiente
de nuevo don Antonio los desnuda.
Fija en estos problemas un momento
Gedeón su profundo pensamiento,
y mientras mengua Bosch, crece la duda.

III

Exequias... silvellistas

Si al *Tiempo* de noche
me paro a mirar,
las caricaturas que pintó Mateo (1)
me dan qué pensar.
Y al ver cual dormita
Rancés, sin *chistar*,
me parece el partido un difunto
que van a enterrar.

IV

Citación

Cuando a Emilia, Emilio
convida a almorzar,
con aquel meneo de su cabecita
citándote está.
Vete en paz, te digo,
Pepito Abascal,
que a esa cita Martínez Pacheco
te aseguro que no faltará.

V

Semper et ubique

De los carlistas blasfemé iracundo,
de su *niño de Dios*, de sus *paellas*,
de sus Llorens y Mellas
y con odio profundo
fuí y ajonaré... Y hallé a don Segismundo
que me hizo en un *speech* ver las estrellas.
¡Tan cursis son los Segis cual los Mellas!

VI

Ofrenda

(Al general Polavieja)

No te cause dolor ni aun amargura
de la ramplona grey la faz esquiva:
Gedeón te larga un viva
y de vivas no es pródigo este cura.
La Huerta cada día está más sola:
deja correr la bola
porque *esto* ya verás cuán poco dura.
De Tetuan la frescura,
de Tomás los moñetes encendidos
no engañen tus sentidos.
Esto se va; Gedeón te lo asegura.

(1) Mateo Silvela, naturalmente.

CAVITES VIEJOS

Sobre el campanario de Imús ondea hace días la bandera española; los conventos de Silang, de Dasmariñas, de Salitran, de San Nicolás lucen también la enseña de la madre patria en sus respectivos campanarios, y todas las campanas de todos los conventos filipinos tocan a gloria en honor de nuestros soldados.

Más ¿qué valen aquellos campanarios si se les compara con los tradicionales campanarios de la política española?

Por olvidar esto se agravó en su afección hepática el general Polavieja, por olvidar esto vuelve a España el triunfador marqués, por olvidar esto se encontrará a su llegada con que muchas y lavadas manos se disponen a arrancarle la rama de laurel para repartir sus hojas entre éste, aquél y el otro puchero.

En los campanarios de Cavite flamean los estandartes del triunfo.

En los campanarios de Madrid asoman a media asta otra clase de pendones.

Polavieja devolvió a los frailes sus conventos.

Aquí le aguardan con otras pretensiones las *manos muertas*.

Allá los frailes pueden celebrar en sus antiguas aras.

Aquí a Polavieja ¡ya se lo dirán de misa!

El *Katipunán* filipino está deshecho.

El *Katipunán* madrileño está en su auge.

Mientras allá el marqués indulta generosamente a los vencidos, aquí trabajan los zapadores para hacer saltar al vencedor.

Las trincheras de Cavite pueden saltarse al grito de ¡Viva España!

Las trincheras de Madrid no pueden ganarse sino al grito de ¡Biba mi dueño!

No han servido contra Polavieja, ni lantacas ni bolos.

Fácil es, sin embargo, que se estrelle contra las lantacas y los bolos de aquí.

Natural es, que el triunfador haga contento el viaje de vuelta; en la gratitud de la patria y en la felicitación del gobierno esperará encontrar el premio de su labor.

Hace bien en pensar en premios, en gratitudes y recompensas.

¿Como que aquí le aguardan, no uno, sino una colección de *Aguinaldos*!

—¿Le darán el tercer entorchado?—Se preguntan las gentes?

—¿Como el tercero? Le darán una recompensa más alta que el tercero: le darán la bohardilla.

Seguro estoy, de que las repetidas conferencias celebradas estos días entre los señores Blanco y Azcárraga, Blanco y Martínez Campos, Blanco y Cánovas (porque estos días se ha blanqueado la Presidencia y casi todos los edificios públicos) no han tenido otro objeto, sino buscar una recompensa proporcionada al triunfo logrado por el general enfermo.

—Vengo a hablarle a usted de Polavieja—habrá dicho el marqués de Peñaplata.

—Cortemos, digo hablemos—habrá contestado el presidente—todo cuanto usted quiera.

—Bueno, que hay que hacerle algo.

—Convenido. ¿Le haremos príncipe de la milicia?—Mejor sería príncipe de la iglesia; cardenal, ¿no le parece a usted?

—No está mal pensado, pero hay una pequeña dificultad.

—¿Cuál?

—La de que Polavieja no tiene nada de cura.

—Sí, hombre; algo tiene; su enfermedad hepática.

—Bueno, pues le haremos cardenal; pero de ¿qué modo?

—De un golpe; es lo mejor.

Otros ilustres miembros del *Katipunán* tratan igualmente de recompensar al vencedor de Cavite.

—Viene enfermo; hay que aguardarle con mucha ropa.

—¿Ya lo creo! ¡De felpa!

—¿No podríamos darle el ascenso inmediato?—exclamó un individuo no iniciado en el *Katipunán*.

—¡Imposible! ¡El tercer entorchado es imposible! ¡Todas las bocamangas están ocupadas!

—También estaban ocupados Cavite, Imús y San Nicolás, antes de que Polavieja los desocupase.

—¡*Blasfemasti!*—exclamaron todos.

Y acogotando al intruso, acordaron que no procedía el tercer entorchado, si bien podía ser sustituido por alguna otra recompensa: una cruz por ejemplo.

Y, efectivamente, ya han mandado cortar la maderera.

BATIR DE ALAS

Dicen que los tontos no se vuelven locos de atar, y Clarínez es un ejemplo de lo contrario; esto es lo único que ha demostrado en su vida.

En los actuales momentos Clarínez padece la *degeneración estercoraria*, es decir, el fetichismo de las suciedades que intenta arrojar sobre mí, y las cuales, aun cuando no me tocan, se las devuelvo con creces. Ya sabe Clarínez que *todo* eso se lo tragaría si estuviese a mi alcance. Délo, pues, por

tragado y dé por recibidas de obra cuantas injurias quiera dirigirme de palabra desde cien leguas de distancia, y hurtando el físico. ¿Quiere probarlo? Pues venga por acá, que yo no quiero ir á Oviedo para volverme, como otros, con las manos vacías ó con un acta entre ellas.

Además padece la *plutomanía* ó manía de las riquezas. Solo él, Clarínez, cobra caros sus artículos. Los demás escribimos por un pedazo de pan, por dos pesetas. Clarínez es el Martín Esteban de la literatura... y en un diario de Madrid le dan seis duros por artículo, como á cada quisque.

Por último, Clarínez padece la manía persecutoria. Prueba de ello, la

Historia de Juan Rana

Juan Rana era hace siete ó ocho años estudiante y hoy es empleado de Hacienda. Se llama Federico Sanchez. Nunca habia escrito ni á la familia, y un día se levantó airado contra Clarínez sin saber por que. Juan Rana, como ven ustedes, tenía mucho sentido común. Escribo, pues, uno ó dos artículos contra Clarínez en un periódico que, si mal no recuerdo, se titulaba *El Curioso Parlante* ó cosa así, y que nadie leía ni compraba. Y en su vida volvió á escribir Juan Rana otra cosa que *cargaremes* y *libramientos*. Pero Clarínez vió en él un enemigo formidable y habló de Juan Rana en periódicos, en libros, en folletos, y cien veces (si no han sido más) se ha gloriado Clarínez de haber matado literariamente á Juan Rana, de haberle hundido en la oscuridad, de haberle hecho ahicos. Y Juan Rana, es decir, Federico Sánchez, sin enterarse de nada, sin pensar en agarrar la pluma jamás, tan contento con su destino de Hacienda... (1).

Estos son los muertos que mata Clarínez. Digo, miento, uno debe tener (no debe de) sobre su conciencia: el infeliz Velarde, que no comprendió á tiempo que casta de bicho era Clarínez.

De igual modo que á Juan Rana, ha matado Clarínez á Bonafoux, que esta bueno y sano, ganando más dinero que Clarínez (como diría este en su furor plutomaniaco): á San Rafael que sigue sin novedad; á Dicenta, que continúa cobrando trimestres, etc., etc.

Trozos escogidos de *Adiós, Corderal*, obra maestra de Clarínez. Sin comentarios.

«Un poste (del telegrafo) tranquilo, inofensivo, campesano...»

«Al verse tan cerca del misterio sagrado, le acometía un pánico de respeto.»

«... Antón por una calleja que entre madre selvas que aún no florecían y zarzamoras en flor le condujo hasta su casa.»

«Daba la res tantos y tantos kilos de leche...»

«Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de cucho, recuerdo por ellos sentimental de la Cordera y de los propios afanes, unidos por las manos miraban al enemigo...»

«Por la calleja oscura que hacían casi negra los altos setos formando casi bóveda se perdió el bulto de la Cordera, que parecía negra de lejos. Después no quedó de ella más que el tintín pausado de la esquía desvanecido con la distancia.»

«Aquella soledad no lo habia sido nunca para ellos triste.»

«Rosa y Pinín miraban con rencor la vía, el telegrafo, los símbolos de aquel mundo enemigo que les arrebatava, que les devoraba a su compañera de tantas ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares...»

«No hubo influencia para declarar inútil á Pinín, que por ser era como un roble.»

«Rosa casi molida por las ruedas pudo ver un instante el tren.»

«El lenguaje incomprensible que lo ignorado habla con lo ignorado.»

«El mar de soledad que rodeaba el prao Somonta.»

«Cuando se entablaba la lucha necesaria entre el alimento y regalo de la nación y el interés de los Chintos.»

«Una vaca SENTADA...»

«Sentarse (la vaca) sobre el cuarto trasero á rumiarse la vida...»

«Los pensamientos de la vaca-matrona, llena de experiencia, debían de parecerse todo lo posible á las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio...»

«Cordera tenía la mejor pasta de vaca sufrida del mundo.»

«Eh, que tal? Ahora no vale insultar, seor payaso. Demuestre usted que quien ha escrito, en un solo artículo ó cuento, semejante sarta de necedades y de insultos al arte, á la lógica y á la Gramática, tiene derecho á censurar: pruebe que alguna obra suya no esta llena de majaderías y desaseos por el estilo, y entonces quizás se convezna alguien de que no es usted un impotente envidioso que recurre á las bellaquerías injuriosas porque no puede ni sabe emplear otras armas. Limpíese toda esa roña y se le tratará cristianamente: si no lo hace, menguada vejez le auguro. Por mi parte, le tengo lástima á Clarínez, lástima como la que inspiran los escarabajos: veintitantos años de hacer bolitas y nada mas que bolitas deben de cansarle á cualquiera.»

Y me parece que ya es bastante hablar de escarabajos, de bolitas y de Clarínez. ¡Tadáy, miseria!

F. NAVARRO Y LEDESMA.

¡EL PAPEL VALE MAS!...

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Sabíamos que Xenofonte Gallego habia estado varias veces en Cuba y que era diputado por el distrito de Valeriano, provincia de Weyler, pero no le creíamos autor de *La insurrección cubana*.

Conocíamos el grito de Yara y el grito de Baire, pero no el grito de Xenofonte, y sin embargo, existía.

Estos gallegos cuando se ponen á hacer algo son muy de temer. ¡La obra más modesta que se permiten es *La insurrección cubana*!

Nuestro amigo Xenofonte publica su retrato al frente de *La insurrección*. ¿A que provoca otra insurrección en el Pinar de las de Gómez?

Muchas enhorabuenas al notable periodista por su grito, por su libro y por su retrato.

D. Juan Valera ha publicado un precioso libro: *Genio y figura*.

(1) Nota.—A Juan Rana le conocemos en Madrid muchos amigos, porque es un excelente muchacho. Le odia Clarín, y basta.

Es una obra didáctica de verdadero mérito. Como Psicología del amor henchirá las medidas de cuantos lectores y lectoras aficionados á ese arte la tengan en sus manos.

Dícese que el ministerio de Fomento va á adquirir gran número de ejemplares, á propuesta de don Aureliano.

Teniendo en cuenta esto y el tono aristocrático de D. Juan, creemos que *Genio y figura*... será el libro de las grandes tiradas.

Otro libro muy interesante, *La psicofísica*, de don Julián Besteiro, contiene estudios nuevos acerca del umbral de la sensación.

Si tratase de lo contrario, es decir, de la sensación del umbral, recomendaríamos la obra á los señores Lastres, Vadillo, Mochales y García Alix quienes probablemente no pasarán de ahí en su vida.

CHASCARRILLOS REMOZADOS

Un Polavieja, que manejaba tan bien la espada como el manipulador del telegrafo, reprendía a un discípulo llamado Valeriano, muy amigo de perder el tiempo, y le decía:—¡Holgazán! ¿En qué cree usted que consiste que á mí me sobra el tiempo para todo? Y Valeriano respondía:—En que no ha tenido usted que aprender á telegrafiar.

Se hablaba de la próxima reunión de las Cortes en el corrillo de los ministros, y, dijo uno:

—Dicen que en las Cortes se van a hacer muchas y muy importantes declaraciones.

Don Aureliano, que estaba distraído, al oír esta palabra, sacó del bolsillo dos ó tres billetes perfumados y dijo melancólicamente, como el chico del cuento:—Me quedan pocas.

Romero Robledo, agriado con D. Antonio, viajaba hacia las soledades del Romeral en el ferrocarril. En el mismo tren que él iba un hortelano, íntimo de D. Antonio. Descarrió el tren y sobre Romero pasaron todos los vagones. El hortelano, que habia salido ileso, preguntó por Romero.

—¡Ah, señor, el pobre ha sido dividido en cuatro pedazos.—Contestó un mozo.

Y el hortelano, con mucha prisa, dijo al mozo:—Pues, hágame usted el favor de ver en cuál de esos pedazos está la cartera de García Alix.

D. Antonio se hallaba en Filipinas, atacado de una sordera pertinaz que le impedía oír el estruendo de las operaciones militares.

—¿No oye usted los cañonazos? Hemos tomado á Imús—le decía un patriota á su lado. Y D. Antonio, sin oír palabra.

—¿No oye usted el ruido? Hemos tomado á Cavite Viejo. Y D. Antonio sin rechistar.

—¿No escucha usted los gritos de júbilo? Hay que ascender á Lachambre y felicitar á Polavieja—repuso el interpelante en voz muy baja.

Y D. Antonio, muy avispado, contestó:—Es inútil, no oigo un cañonazo, aunque lo disparasen á mis orejas.

—¿Qué felicidad—le decía Morlesín á Cánovas—si los amigos políticos fuesen ángeles!

—Pues loz míoz lo han zido todoz.

—Pues ¿y Silvela? ¿y Romero?

—Ezo: ángelez, porque han volao.

GEDEÓN MORENO

Mucho se va hablando del valor de los griegos. Mucho de la serenidad del rey Jorge, mucho de la audacia del príncipe Jorge y mucho de las cuatro orejas de Jorge, de las cuales sigue tirándose, aunque las grandes potencias y Peña Ramiro pongan sobre el tapete de Creta verde sus respectivos bastones con *boglas*.

El heroísmo helénico acabará por inspirar á Gri-lo otras veinticinco pesetas de poesía á lo Broutin, es decir, de poesía á fondo. ¡Ay, la que penetra más de todas! Pero en España tenemos individuos más valientes que el rey Jorge, que el príncipe Jorge y que todos los Jorges griegos. ¿Que quiénes son esos valientes alsacianos? Paco García Ortega y Mendi-guchía. Dos muchachos que han tomado el teatro de la Comedia para la temporada de Primavera.

También el general Lachambre ha tomado á Imús, á Bacoor y á Cavite Viejo, es verdad; pero cuando Mario, otro Cavite Viejo, no tomado todavía por Lachambre, no ha podido meter en taquilla á los morenos en toda la temporada de invierno, ¿qué harán esos simpáticos y valientes muchachos para alcanzar más brillante y positivo resultado durante la estación en que florecen las lilas, salen los granos y no entran los perros en la contaduría?

En fin, allá ellos; (ni los granos ni los perros, sino los empresarios), Gedeón les desea muchos triunfos y más billetes de Banco y pide á Dios que en el cartel del teatro de la Comedia no haya más primavera que una. La de la temporada.

¡Ole ya!
Y dice Enrique Sepúlveda hablando en *La Correspondencia de España* de Mercedes Rigalt.

«Es Mercedes Rigalt, y excúsenme GEDÉON y otros «clásicos»—(excusado, D. Enrique, excusado)—un copo de nieve sin hilar que las hadas derriten en gotas cristalinas, cual lluvia de estrellas luminosas que alumbran solas el firmamento ó inundan después la escena lírica de armonías celestes, y el alma de los oyentes de plácida delectación.»

¡Ah!
Bueno, pero para eso, Sr. Sepúlveda, no tenía usted que confundir á Gedeón con los clásicos ni con las estrellas luminosas.

¡Que Mercedes Rigalt es un copo de nieve sin hilar!

¿Y á Gedeón qué?
Pero vamos, en obsequio del Sr. Sepúlveda, no solo le excusará esto GEDÉON, sino que va á reformar uno de los refranes más conocidos.

Dice así: «Poco á poco hilaba la vieja el copo.»

Digase: «Poco á poco hilaba Sepúlveda el copo.»

Y ya estaba hilada Mercedes Rigalt.

Ahora, D. Enrique, que la Gramática le hile á usted las gotas cristalinas, las estrellas luminosas, las armonías celestes, ¡Labor tiene la infeliz para rato!

.... y armas al hombro

Aplaudamos este «solo» de flauta:
«El presidente de la Diputación provincial, señor marqués de Bogaraya, ha mandado devolver al contratista los garbanzos suministrados á la Casa de Maternidad y Asilo de las Mercedes, por la mala calidad de dicho artículo.»

Se conoce que el contratista dijo:

—¡Vaya! ¿es para los niños? pues ¡que se diviertan!

Y envió garbanzos de pega.

De no sé qué reunión:
«El Sr. Palacio hizo uso de la palabra, calificando de matoros á la mayoría de los comerciantes é industriales de Madrid. (Grandes protestas.)»

Lo creo. Me parece estar viendo el tamaño de las protestas.

Pero ¿cómo se atrevió el Sr. Palacio á la heroicidad de decir esas cosas?

Indudablemente fiaba en la inviolabilidad de su apellido.

¿Cundirá el ejemplo?
«Según dice el *Standard*, el gran anciano Mr. Gladstone, para entretener sus ocios, se ha dedicado... á la bicicleta.»

El mejor día vamos á ver pedaleando al Sr. Sagasta.

Pero no.

Digo, *peroné*.

Del Sr. Cánovas nada digo, porque ya *pidalea*.

Dice un telegrama de Fabra, fechado en Atenas:

«El príncipe heredero ha llegado á Volo.»

¡Cáspita!

Si no fuera por esa *v* de corazón creeríamos que la Agencia Fabra era uno de los goznes de la Sublime Puerta.

Dicen de Zaragoza:
«El *Niño Dios*, al referir al juzgado el hecho del círculo, lo ha atenuado.

Dijo que desde los cuatro años venía dando conferencias morales y políticas, habiendo recorrido Malaga, Sevilla, Córdoba, Murcia, Valencia, Alicante, Tarragona y Barcelona.»

Total: que, como yo suponía, resulta un atrevimiento eso de llamarle el *Niño Dios*.

Con decirle «el pequeño Mella» habia bastante.

Otra embajada:
«En el Parlamento alemán se suscitó un debate sobre los alemanes presos en Barcelona.»

Alemania reclama á los presos de Barcelona. Los yankees reclaman á los presos de la Habana. Y al fin y al cabo resultará verdad que España es un presidio suelto.

Pero España no tendrá la culpa.

Propaganda religiosa:
«Ha sido denunciado el *Catecismo catalanista* publicado en 1894 en Sabadell, y que es el compendio del programa y de las aspiraciones del partido.»

Saquen ustedes la cuenta.

Catecismo... catalanista,

Doctrina... de Monroe.

Solo falta un *Fleury* filipino.

Y ya tendrá todos los libros de la escuela el señor ministro de Ultramar.

Infundios yankees:

«Después de leer estas cosas, ¿qué extraño es que el *World*, el periódico de mayor circulación de los Estados Unidos, diga que en las Filipinas se han rebelado contra España diez y siete millones de malayos!»

Son muchos malayos para España.

Y muchos millones.

Imprenta de EL ENANO: Arco de Santa María, 3.

EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

LA DAGA PUTREFACTA

Novela traducida indirectamente del francés

(CONTINUACIÓN)

Su fórmula para el individuo era la siguiente: «lávate las manos».

Su fórmula para la sociedad más abstracta y absoluta era: «ten sentido jurídico».

He aquí en sencillas palabras todo el pensamiento regenerador de los que el vulgo entusiasmado llamaba los apóstoles, y en el salón de conferencias eran conocidos con el nombre de Caballeros de la daga.

Y escritas estas necesarias explicaciones comenzamos nuestra narración.

Cuando el albañil abrió la puerta de la alcantarilla, que comunicaba, según digimos, con el salón de los apóstoles, vió que varios de éstos, en animado grupo, vertían agua sobre la cabeza de una persona.

Es un bautizo, se dijo, y avanzó.

Cuando llegó hasta el grupo sin que ninguno de los que le acompañan, se informara de su presencia exhaló un grito de asombro.

El bautizado no era precisamente un recién nacido, ni siquiera se encontraba en la primera infancia; era la momia de Ramses II.

¿Se trataba efectivamente de un bautizo? No era tal el acto que ejecutaban los apóstoles; era una cura por un método acuático, ó si se quiere mejor, una resurrección.

El lavatorio santo despojaba á la momia de sus setenta y tantos siglos de existencia, proporcionándole una juventud relativa; siglo y medio de edad.

Cuando el jefe de los apóstoles vertió la última regadera sobre la cabeza pelada de la momia, en la que empezaron á salir canas juveniles, una sonrisa de triunfo asomó á los labios de los apóstoles y un grito de admiración salió del pecho de todos sus discípulos.

Rocambole—pues era el jefe, como repetidamente hemos consignado—dijo después con voz serena:

«Hermanos: desde hoy, la rejuvenecida momia de Ramses II, tendrá otro nombre más honroso. Se llamará Asmodeo, escribirá revistas de salones y figurará dignamente en *El Tiempo*».

po. Dáos ahora el ósculo de paz y mientras él tome los primeros emparedados, desfilad vosotros.»

El absorto albañil iba á hacer lo mismo siguiendo á un grupo de discípulos cuando Rocambole sin volverse le dijo: —Tú quédate.

—¿Os referís á mí?—preguntó conmovido el último.

—A tí me refiero.

—¿Me conocéis acaso?

—Sé que un designio providencial te ha traído hasta aquí por la alcantarilla. ¿Qué más debo saber?

—Tenéis razón. ¿Y qué queréis?

—Primero que te laves. Hueles á concejal.

El albañil metió las manos en una palangana sagrada.

—Mete más, le dijo Rocambole.

—Metió los brazos.

—Mete más, añadió el maestro.

—Metió la cabeza.

—Mete más, insistió el jefe de los apóstoles, y apenas hubo proferido esas frases, se abrió una puerta y apareció en ella Pozo Blanco preguntando:

—Maestro ¿me has llamado?

—No te llamé, contestó Rocambole, mandaba á éste que metiera en el agua sagrada mayor porción de su individuo. Pero ya tiene la cabeza dentro. Hablemos, pues, y tú, Pozo Blanco, déjanos.

Este se alejó murmurando.

—Respóndeme con la mayor tranquilidad y sin violencia alguna, dijo Rocambole al albañil que continuaba con la cabeza dentro de la palangana. ¿Tú llegaste hasta aquí por tu propia voluntad ó guiado por una voz misteriosa?

—Por una voz misteriosa, contestó el albañil.

—Entonces no dudo más; tú eres la persona que esperaba.

—Si la esperábais para ponerla en remojo como al bacalao, indudablemente, soy yo.

—La esperaba para tan altos y gloriosos fines, que toda la prosperidad de la nación dependía de ellos. Hoy no puedo revelarte tu origen, algún día lo haré. (Rocambole, como ven nuestros lectores en los pasados capítulos, cumplió su palabra) Pero sí debo preguntarte ¿qué sabes tú del agua?

—Que tengo la cabeza dentro.

—Quiero decirte ¿si entiendes de náutica?

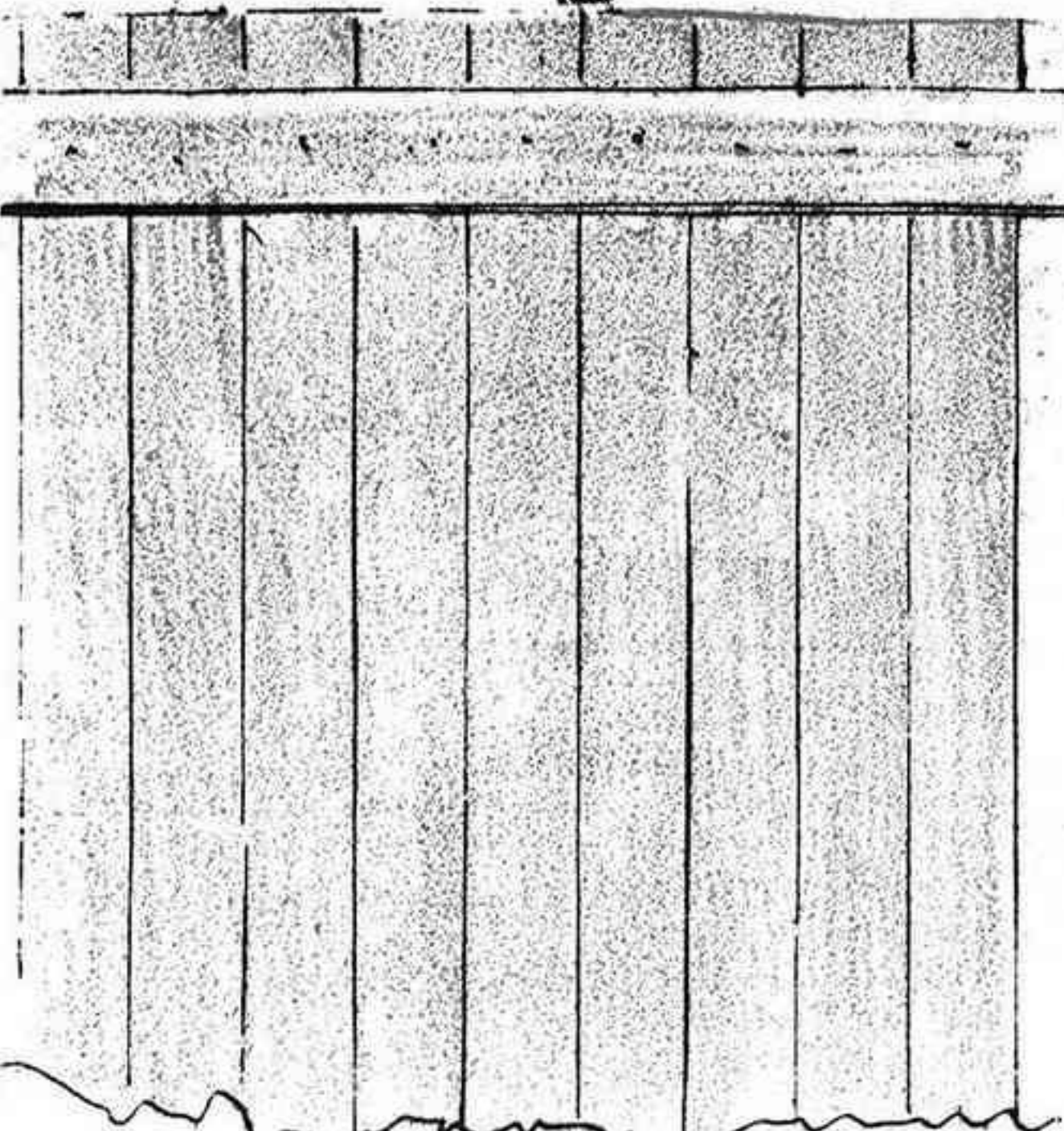
—He visto una tarde al ministro de Marina junto al estanque del Retiro.

—Eso basta. Pues bien, es necesario que partas... Al llegar aquí Rocambole, una espantosa gritería estalló en la calle. El albañil sacó la cabeza de la palangana y el maestro abrió el balcón.

¿Qué sucedía en los barrios bajos?

Vamos á decirlo.

(A seguir...)



Ya hay en la Puerta del Sol dos obras monumentales: el farol de nueve luces y la nariz del alcalde.

PLATOS DE VIGILIA

Cada cual tiene el suyo favorito, y aun hay quien tiene dos, aunque no sea nada entre ambos. GEDEÓN no ha tenido que calentarse mucho la cabeza para averiguar cual es el plato preferido por algunos de nuestros hombres públicos en día de vigilia, adoptando á la inversa el método deductivo, pregonado por Brillat-Savarin. El más literato de los *gourmets* decía poco más ó menos: «Dime qué comes y te diré quien eres». Mientras que GEDEÓN pregunta y afirma de este modo: «Dime quién eres y te diré qué comes». Lo mismo dá, puesto que con este trasiego de generales, todos sabemos que «Media vuelta á la Península, es lo mismo que media vuelta á Cuba ó á Filipinas, sino que es todo lo contrario.»

Apoyado en estos axiomas, fácil ha sido para GEDEÓN formar la lista siguiente:

Cánovas: Sopa de cebolla y fruta de sartén, hecha por el propio consumidor. Es decir, que cuando no tiene la sartén del mango, no hay fruta.

Moret: Lenguados, siempre lenguados y el consabido vaso de agua con azucarillo.

Linares Rivas: Croquetas de todas clases.

Castellano: Raya. No quiere pasar de ella aunque le invite Navarro-Reverter.

Weyler: Sopa de tortugas. Unas veces la toma sola, otras se la dan con queso.

Tetúan: Manos de cerdo. Esto no es vigilia, pero tiene bula de Sherman, el cual le envía con el privilegio los comestibles.

Nocedal: Sollo, completamente sollo. (No lean ustedes más que un palito, el otro es únicamente para el comensal.)

Sánchez de Toca: Pez espada muy barbado. (Receta tomada del famoso soneto de Quevedo.)

Castelar: Soldados de Pavía.

Navarro Reverter: Sopa dorada, mientras dure la acuñación. Después volverá á ser arroz á la valenciana.

Emilio Aguinaldo y su gente: Escabeche de atún (receta Lachambre).

Silvela y Martínez Campos: Migas.

Polavieja: Ya ha tomado todo lo necesario con mucho sentimiento de los doctores que le habían prescrito la dieta.

Sagasta: Ancas de rana, á la hora de comer. En todas las demás horas del día ancas de Gamazo, de Vega Armijo, de Montero Ríos y hasta de Pablo Cruz.

Aguilera: Pescadilla frita con salsa de Comités.

La Unión Republicana: Huevos revueltos.

Cos Gayón: Lentejas y padrón municipal con habitantes.

Gamazo: Espárragos trigueros.



El Solitario, su Tiempo y su Nacional.

Silvela